


LA RESPONSABILIDAD DE LOS ARTÍCULOS FIRMADOS CORRESPONDE A SUS AUTORES, Y A LOS TRADUCTORES EN LAS TRADUCCIONES



# La Sra. Besant en Londres con motivo de la Asamblea de la Sociedad Teosófica de Inglaterra y Gales



Como se anunció en el número anterior de EL LOTO BLANCO, Mrs. Besant, la dignísima y veneranda Presidenta de la Sociedad Teosófica, se halla de nuevo en Londres después de alejada durante cinco largos años del movimiento teosófico europeo.

Su anhelada presencia, en la sublime veneración de su ancianidad, fatigada por un viaje largo e incómodo, ha escalado nuevamente la tribuna, y en su inspiración divina, fluyen nuevamente de su boca palabras de luz.

Las almas sedientas de verdad beben en la fuente el verbo de

sabiduría. Su faz se ilumina al hablar; su figura majestuosa crece en altura, engrandecida por el concepto sublime, y la palabra de Vida surge espontánea y clara, dulce y enérgica...

¡Dichoso quien puede percibir sus efluvios, comprender sus palabras y practicar sus enseñanzas!

Insertamos a continuación la interesante reseña de la recepción, que solícita y amablemente ha enviado la señorita Ester Nicolau, miembro de «Rama Arjuna», para su publicación en EL LOTO BLANCO.

Ha tenido además el alto honor de hablarle personalmente y aprovechó la ocasión para saludarla en nombre de todos los teósofos españoles.

Ha prometido la señorita Ester Nicolau enviar en adelante cuanto le sea posible de su actuación en Inglaterra para conocimiento y provecho de los teósofos hispano-americanos deseosos de conocer las nuevas orientaciones que difunde la mujer excelsa para desarrollo y bien de la humanidad, objeto único de su misión altísima.

¡Unamos todos nuestro pensamiento y nuestra acción en su ayuda, para que su labor en Europa sea fecunda!

PRINCESA FLETA.

Londres, Junio, 1919.

El lunes 9 de Junio, por la noche, la logia «Unión Lodge» de Londres, cuyos miembros pertenecen todos a la Orden de la Estrella de Oriente, dió en el *Queen's Hall* una recepción en honor de la Protectora de la Orden, señora Besant.

Como esta recepción era el último acto del programa de la Asamblea, que duró tres días, el Secretario General de la S. T. de Inglaterra y Gales comenzó por entregar a la Presidenta un hermoso ramo de claveles, como símbolo del cariño de todos los presentes a la venerada maestra.

En sentidas palabras y con visible emoción dijo el señor Balie Weaver que sólo le era posible expresar en mínima parte el gozo que reinaba entre todos los socios por tener entre ellos una vez más a su querida Presidenta, de cuya presencia habían estado completamente privados durante cinco largos años. «No puedo

hallar ningún símbolo—dijo—que exprese más exactamente lo que sentimos, que el compararos a un sol espiritual cuya sola presencia da vida, energía, confianza y poder a cuantos tienen la suerte de sentir sus rayos. Ahora, a vuestra vuelta, sentimos más que nunca cuán de menos echábamos la inspiración de vuestra presencia, el ejemplo de vuestra vida, que es el ideal teosófico practicado en cada labor cotidiana; la energía incansable siempre dedicada al servicio de todos. Repito, Señora, que sois para nosotros un sol a cuyo calor renacen nuestra confianza y energía después de estos años de dificultades y luchas, y todos os damos una vez más la bienvenida y os rogamos que os dignéis aceptar estas flores como símbolo de nuestro cariño y respeto».

Entonces, con dulcísima sonrisa, pero con enérgico acento, la señora Besant dió gracias al Secretario General, en los siguientes términos.

(Recuérdese que esto no son más que apuntes que darán una idea general de las palabras pronunciadas por los oradores; pero no reproducción literal de sus discursos).

«Aunque agradezo infinito las sentidas palabras que acaba de dirigirme el señor Balie Weaver, no puedo permitir que se me ponga en un lugar que no me corresponde. No, amigos míos, no soy un sol. Todo lo más que puede decirse es que soy un cristal a cuyo través brillan los rayos del sol. Pero ciertamente es el resplandor de la Luz tan maravilloso, que bien puede la personalidad, a cuyo través brilla, aparecer transformada en algo mucho más grande que ella misma.

Recordad siempre que hay Seres muy grandes y poderosos en verdad; y otros que son sus mensajeros; pero grande es el mensaje y no el mensajero que lo da al mundo. No confundáis, os ruego, el uno con el otro. Al fijar vuestros ojos en mí no os engañéis creyendo que es grande la personalidad, sino mirad más allá y veréis que la personalidad sólo sirve de foco para la luz y de mensajero de los Hermanos Mayores.

Fijad, por el contrarío, vuestros ojos en la estrella que eternamente brilla en el oriente, en aquella gloriosa Ciudad Blanca en donde mora el Sol de la humanidad.

La estrella es el signo glorioso del supremo Poder, y sin em-

bargo, mora en lo más recóndito del corazón de todo hombre, desde el salvaje hasta el que ha alcanzado el grado superior de la evolución. Es la luz que alumbra a todo hombre al venir al mundo. Porque es la Vida misma, y una es la vida que anima a todo cuanto en el mundo existe.

Nada existe separado de la Vida Divina, desde el más ínfimo grano de polvo que pisáis en las calles de vuestra ciudad, hasta el más glorioso Deva o Arcángel. Nada puede tener existencia en la forma sin llevar en sí la Vida Unica.

Por lo tanto, al cerrar vuestros corazones a lo ínfimo y ruín, los abrís al mismo tiempo a lo supremo, alto y glorioso, y debéis esforzaros en *sentir* la unidad de Vida, hasta que resulte para vosotros una realidad de la vida diaria y no un sueño hermoso pero irrealizable. Ha de ser para vosotros la inspiración de toda vuestra vida.

No se ha dado jamás en el mundo una mayor verdad que las que encierran aquellas palabras del gran Maestro: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis». Porque en verdad no hay ningún ser por insignificante que parezca, que no sea tiernamente amado por Aquel que es el Sol del mundo.

Romped, pues, todas las barreras que os separan de la humanidad. No permitáis que cosa alguna se interponga entre vuestro corazón y los corazones de cuantos os rodean.

Sentíos en unidad con todo cuanto vive, con todos los hombres, hasta con quienes os parezcan ruínes y repugnantes.

Porque cuande hayáis aprendido a verle en lo ínfimo, entonces El os mostrará la visión de lo supremo.



Terminadas estas palabras de la señora Besant, se interpretó el programa musical, y durante el descanso, la señora Balie Weaver anunció que la Presidenta deseaba hablar personalmente con cuantos de los presentes deseasen conversar con ella, por lo que rogaba a los caballeros allí reunidos, que se sirviesen arrimar las butacas a la pared dejando un espacio libre en medio de la platea para que la señora Besant pudiese circular entre el público.

Así se hizo con gran rapidez durante la hora del refresco y de este modo la mayoría de los reunidos tuvieron ocasión de saludar personalmente a la Presidenta, quien se retiró antes de la segunda parte del programa musical con que terminó tan agradable velada.

ESTER NICOLAU.

# Carta de Londres

## DIRIGIDA AL PERIODICO *MESSAGE* DE PARIS



Los lectores del *Message* me agradecerán, según creo, que les comunique unas cuantas impresiones de los interesantes y activos días que acabo de pasar en Londres. Confieso haber ido con la intención de servir a los lectores del *Message*, pues todos ellos ¿no están más o menos relacionados con la Teosofía y por lo tanto deben afecto y gratitud a la Presidenta de la Sociedad Teosófica?

Para volver a ver a la señora Besant después de cinco años de pruebas tan duras para ella como para nosotros, bien valía la pena de afrontar las dificultades de un viaje con sus exigencias de pasaportes. Vino Karma en nuestro auxilio, y la señora Blech, secretaria general de la sección francesa y yo pudimos asistir al Congreso teosófico de Londres, celebrado durante los días 7, 8, y 9 de Junio. La señora Besant presidió todas las sesiones, tomando a menudo la palabra y soportando la fatiga con prodigioso valor juvenil.

Llegó la señora Besant a Londres el 6 de Junio y nuestros hermanos ingleses la recibieron triunfalmente en testimonio de admiración y lealtad. Formaron en dos filas para recibirla, y al pasar por entre ellos prorrumpieron en entusiásticos vivas y le alfombraron de rosas y claveles el camino.

Al día siguiente, 7 de Junio, la señora Besant pronunció el discurso inaugural embelesándonos de nuevo con la soberana elocuencia de su arrebatadora palabra, que tan bien sabe conmover los ánimos y persuadirlos a la acción. Durante los cinco años de ausencia no se ha menoscabado en lo más mínimo su influjo entre

nuestros hermanos ingleses, y lo que de éstos más nos admira es la intensidad con que trabajan. Por doquiera alienta aquí la animación y hierve en todos los corazones. Quisiera relatar al pormenor cuanto han emprendido y realizado, pero todo se encierra en la palabra osar. Y porque se atreven a hacer una cosa, la hacen. Por ejemplo, en la calle *Regent,* una de las principales de Londres, han instalado una tienda cuyo rótulo en letras doradas sobre fondo azul dice: *Order of the star in the East.* (Orden de la Estrella de Oriente). En los escaparates hay expuestos varios libros y grabados. En el primer piso, una sala de lectura abierta al público y un salón de descanso. En la calle de *Picadilly* hay otra tienda análoga. Han fundado escuelas teosóficas y van a fundar algunas más. Aquí hemos encontrado acción política y social, educación, propaganda, reforma religiosa, y sobre todo vívida fraternidad. En todas las reuniones reinan la alegría y el buen humor, y de todos lados brotan las risas, las agudezas henchidas del característico humor de los ingleses, del júbilo sin el cual, como dice Leadbeater, no puede haber verdadero ocultismo.

El programa era muy nutrido. Durante tres días se sucedieron las conferencias y discusiones sobre temas relativos a la Sociedad Teosófica y al mundo en general. También tuvimos el gusto de ver al señor Sinnet, el teósofo más antiguo de los vivientes en el plano físico. Este insigne anciano, a quien debemos *El Buddhismo Esotérico,* el primer libro teosófico que se publicó, tuvo la jocosidad de calificarse de prehistórico.

Se organizaron con toda perfección veladas musicales con danza griega y tés, debiendo mencionar agradablemente la última velada en que la señora Besant fué recorriendo los grupos de concurrentes y vimos muchas caras conocidas de Adyar.

Para sus trabajos de índole política ha traído la señora Besant una diputación de indos, entre los cuales figura el señor Wadia que fué su compañero de cautiverio en los tiempos ya lejanos de los aciagos días.

Me llevaré excelente impresión del movimiento teosófico en Inglaterra. Quisiera comunicar a nuestros lectores teósofos algo del vívido fervor que yo he sentido. Se ve uno rodeado de actividades, de entusiasmo, de sinceridad en el servicio, de vehemencia en el trabajo colectivo. Todo esto difunde consolador gozo y cordialidad, pues tengo la convicción de que el gozo sólo se encuentra en trabajar por los demás y con los demás. Cuando nos entregamos al estudio, sin entremezclarnos en la vida activa del mundo, nos separamos momentáneamente del resto de la humanidad; pero en contacto con la humanidad, cuando le ofrecemos en don el fruto de nuestros estudios, se alegra y regocija el corazón.

Nuestros hermanos de Inglaterra comprenden claramente el deber de construir, de edificar, que incumbe a la Teosofía en nuestra época, y se echa de ver que de todo corazón se han puesto a la obra. En esto siguen los consejos de la señora Besant, que no cesa de darnos el ejemplo. Durante el Congreso se ha constituido una Rama por y para *quienes están cansados de hablar y quieren obrar*. La señora Besant ha manifestado su simpatía por la nueva Rama aceptando la presidencia honoraria. Muchas veces nos ha dicho la señora Besant: «La Sociedad Teosófica no es una reunión de estudiantes sino de mensajeros, instituída para comunicar al mundo el conocimiento de la verdadera fraternidad humana y ajustar plenamente a ella la conducta».

Traduzco este llamamiento de una voz autorizada para que de él tengan noticia los teósofos que leen el *Message*. Lo han dictado las necesidades de la hora presente. Por lo tanto, repito con ella: Unámonos en cada vez más estrecha colaboración y procuremos comprender los problemas sociales que plantea la entrada en la nueva era, pues a ellos hemos de transferir la conciencia teosófica para esclarecerlos en el presente conflicto. Con este fin se ha fundado el *Message*.

M. Bermond.



# Los callejones sin salida en religión, ciencia y arte

## CONFERENCIA DE ANNIE BESANT

*(Continuación)*

Otra fuerza destructora que va minando la Religión popular son las investigaciones arqueológicas y su hija la Mitología comparada. Ciudades, bibliotecas, sepulcros desenterrados, han revelado sus secretos, que han servido de armas contra la Religión del Occidente. Se han desechado fechas, centenares de años se han convertido en millones; la Arqueología, la Geología, el *anticuarismo* en todos los órdenes, descubrimientos de razas hace mucho tiempo extinguidas, todo ha dado el mismo resultado: el sacudimiento de los fundamentos sobre los cuales se creyó erróneamente que podía basarse la Religión.

De esta labor minadora, destructora, de este espíritu de incesante crítica del hombre, han surgido dudas y cuestiones; al conocimiento ha suplantado la esperanza y a la fe viva la aspiración, y por encima de estas cuestiones religiosas secundarias a que solamente puede afectar esta clase de crítica demoledora, el concepto central, la idea madre de religión ha sido sometida al crisol de la razón. La misma idea de Dios ha sido discutida, argumentada, razonada, y su concepto ha cambiado. ¿Quien se molesta ahora por la *Analogía* de Butler? ¿Quién emplea hoy el tiempo en estudiar las *Evidencias* de Paley? Resultan ya anacrónicas y sin relación alguna con las cuestiones de actualidad. La idea evolucionaria ha invadido también la Religión, y ni el concepto capital de Dios ha podido librarse de ese corrosivo ambiente mental.

También aquí fallan las demostraciones y razonamientos superficiales. La razón, la idea fundada en la razón, sólo puede dar una probabilidad racional, y nunca podréis encontrar a Dios si Lo buscáis en el mundo externo, fuera de Su más alta manifestación, que es el Espíritu que vive en vosotros mismos. La idea de un Dios extracósmico va desvaneciéndose poco a poco en el mundo intelectual. La idea de un Dios que crea el Universo como quien construye una máquina y luego se retira para mirar como giran las ruedas y trabajan las correas, ha casi desaparecido ante la más exquisita, más noble, de un Dios inmanente en todo, de un Dios que es Vida y no un mecánico, de un Dios que es el Espíritu que lo anima todo y no un creador que permanece fuera de Su creación.

Y esta idea de un Dios inmanente en el Universo no es la última palabra de la Religión. No basta la idea de un Dios que se encuentra animando todo el Universo y al hombre; hay algo más, hay la gloriosa verdad contenida en la Escritura oriental: «He creado este Universo con una porción de mí mismo y yo permanezco». Esta es una de las avenidas, una de las puertas de escape que nos han de salvar de las fuerzas destructoras que estamos considerando.

Otro concepto de la Religión cristiana es objeto de confusión y dudas. Tengo aquí un notable artículo de serie que apareció en *Hibbert Journal*, en Enero último; quizá uno de los mejores que

se hayan publicado acerca de la cuestión. Lleva el extraño título (hoy el nudo gordiano de muchos pensadores) de «Jesús o Cristo»; no *Jesús Cristo* ni *Jesús y Cristo*, sino *Jesús o Cristo*, que en labios de un teósofo no causaría ninguna sorpresa; pero el artículo es de un ministro de la Iglesia cristiana, que con libertad y candor admirables confiesa la confusión en que uno se encuentra con el ideal espiritual por un lado y por el otro con el hombre. Pregunta el autor si se trata de un ideal espiritual al que provisionalmente puede aplicarse el nombre de Cristo o se habla de Jesús; y examinando luego algunas anomalías y llamando la atención sobre las muchas restricciones con que se tropieza en el Nuevo Testamento, prejuicios de la época y otros obstáculos que chocan con la idea de un «verdadero Dios de verdadero Dios», dice: «No hay condenación alguna en el sermón de la montaña contra la dura y cruel *ley del deudor y el acreedor,* ni podría encontrarse en las palabras atribuídas al Maestro excitación alguna para su reforma; el precepto de Jesús sobre la no-resistencia y sobre el juramento es absoluto; y sin embargo, la cristiandad lo ha violado constantemente en toda su historia».

Después trata del punto de vista de la sociedad actual respecto a la situación de la mujer en relación con el hombre; del «inicuo *principio* de la inferioridad del sexo femenino, que ha infligido sufrimientos infinitos a la mitad del género humano». Y así va estudiando el tema punto por punto para llegar a la conclusión, que juzga inevitable, de que «identificar a Jesús con Cristo es considerar a Dios como un Ser omnipotente y al mismo tiempo limitado en poder; omnisciente y falto de conocimiento; infinitamente bueno y que sin embargo rehusa transmutar parte de Su sabiduría divina en ciencia humana. Sería abusar del lenguaje decir que esto es un misterio, pues no es más que plena contradicción». Podéis suponer, pues, lo difícil que será poner de acuerdo el concepto moderno de la personalidad de Jesús con la revelación más amplia del Cristo.

No es posible que cuestiones como ésta queden eternamente sin respuesta, que tales preguntas permanezcan siempre sobre el tapete sin que nadie las conteste. Es indudable que la cristiandad debe abrirse camino hacia una solución razonable y concluir

que en la grandiosa Personalidad había una revelación divina como esperaban y creían los hombres, y que por lo tanto hay una respuesta, aunque la ortodoxia no esté aun capacitada para darla.

Si pasamos de la religión propiamente dicha, por decirlo así, al gran campo de la moral, tan estrechamente unida a ella, veremos que también se halla en situación muy difícil. Desde la última vez que estuve aquí en Londres, habéis tenido un Congreso de Educación Moral al que han enviado sus mejores representantes nada menos que veintidos gobiernos europeos. En él despertó gran interés la cuestión de si la educación ha de formar parte de la Religión o ha de ser independiente de ella. Es una de las cuestiones sociales más graves del día y a que la Sociedad deberá satisfacer. ¿Debe la moral basarse en la Religión o puede mantenerse aparte, separada de ella? La opinión popular corriente se inclina más a la segunda proposición del dilema; es decir, que la moral debe mantenerse independiente de toda sanción religiosa. Y es natural, porque las polémicas religiosas entre las diferentes creencias y las disputas sobre cuestiones pedagógico-religiosas han ido gastando el cerebro en Inglaterra; y tanto los hombres como las mujeres se excitan en luchas sobre trivialidades, sin ver que se trata de la educación moral de millares de niños y niñas, futuros ciudadanos del país.

El problema fué planteado plena y categóricamente en el Congreso de Educación Moral. En este mismo número de *Hibbert* figura un artículo corto sobre la conexión que tiene la educación con la Religión, y su autor alude a un discurso notable, pronunciado en el Congreso, en que el orador dice que, «si se quiere inculcar en los niños el respeto a la idea de Religión, es preciso enseñarles que el mejor modo de honrar a Dios consiste en cumplir cada uno con su deber conforme al dictado de su conciencia y razón». Esta declaración será hoy bien acogida, y sin embargo, su utilidad o futilidad depende de dos cosas: conciencia y razón. No podrán prestar grandes servicios a la Humanidad los niños de conciencia obscura que llegan a hombres sin haberla esclarecido, porque la conciencia clara es la base de un Estado, y la que no ha sido iluminada puede conducir a los hombres a toda clase de crímenes. El inquisidor obedecía a su conciencia al entregar a los

herejes al tormento y a la hoguera. Laud [1] seguía los dictados de su conciencia cuando perseguía, torturaba y mutilaba a los puritanos que no se inclinaban ante él. La conciencia ha cometido los mayores crímenes contra naciones e individuos y no debe servir de guía mientras no se halle libre de toda obscuridad.

Lo mismo ocurre con la razón. La razón desarrollada, iluminada, cultivada, ejercitada, puede guiar por el sendero de la vida; pero la que no se ha habituado a la ley de la lógica y del bien pensar será tan irracional como si no tuviese tal nombre. No sirve enseñar que los hombres deben guiarse por la conciencia y la razón si no se ejercita la razón y no se ilumina la conciencia. ¿Cómo?

En otros tiempos la Religión se encargaba en gran parte de ello. ¿Puede hoy la Sociedad ensayar la enseñanza de la moral fuera de la Religión? La cuestión ofrece grandes dificultades, y el obispo de Tasmania, con valor digno de loa, ha llamado la atención del Imperio sobre los obstáculos con que tropieza la enseñanza religiosa. Declara que el Antiguo Testamento no es un libro que en su totalidad pueda emplearse en la instrucción moral de los niños cristianos. Dice que contiene pasajes morales magníficos y de sublime inspiración, pero requieren un proceso de selección por medio de la conciencia moral. Su carácter de obispo no le impide declarar valientemente que el Antiguo Testamento no puede aplicarse en tesis general a la educación del niño.

Pero admitamos, como lo harían la mayor parte de las personas inteligentes, la necesidad de la cuidadosa selección. ¿Queda la cuestión resuelta? No. ¿Se puede efectivamente enseñar al niño la moral sin recurrir a la Religión? ¿Estáis dispuestos a admitir que pueden inculcarse ciertas virtudes sin sanción religiosa? (No las de competencia y lucha que son las favoritas del día). Podréis enseñar al niño a ser prudente, económico, circunspecto; podréis enseñarle la importancia del ahorro y el deber de asegurarse para el porvenir. Podréis inculcar en él todas estas cualidades en el terreno que hoy se considera puramente utilitario; pero, como se hace observar en otro artículo notable sobre la conciencia so-

(1) Guillermo Laud, prelado y político inglés fué ministro de Carlos 1.°; y, condenado por la Cámara de los Comunes, murió en el cadalso.—(N. del Tr.)

cial del porvenir, hay cualidades que en un tiempo se consideraraban como virtudes y hoy se las tiene por defectos: la *irresistencia* se llama hoy cobardía, la mansedumbre debilidad, la despreocupación por el mañana imprevisión y el desprendimiento sentimentalismo. Todo esto es enteramente cierto; pero ¿qué medios vais a emplear para enseñar las virtudes que hasta ahora han radicado en la Religión y sin las cuales no puede subsistir un Estado? No podéis enseñar las virtudes cívicas basándolas en un egoísmo ilustrado, cosa que ningún educador de la juventud debe olvidar. El sacrificio, la compasión, la abnegación, la disposición del fuerte para aligerar la carga del débil, el convencimiento de que el deber es superior al derecho y el sentimiento de responsabilidad más esencial que la protección de sí mismo; ¿cómo vais a enseñar estas virtudes a base del egoísmo?

Yo también he discutido en otro tiempo sobre estas cosas, y he tratado de probar, cuando era escéptica, que es posible infundir en las gentes el espíritu de sacrificio y renuncia apelando al sentimiento de humanidad y el deber para con la raza, pero precisamente donde más necesaria era la virtud, fallaba más fácilmente la apelación. La nobleza, el altruísmo, el heroísmo, son los sentimientos que pueden responder al llamamiento; pero la mayor parte de las personas carecen de ellos o los poseen en un grado muy limitado; y esto quiere decir que la apelación se dirige a los que no la necesitan y deja en su impasibilidad a los que más la necesitan. ¿Hablaréis de la belleza del sacrificio y de la grandeza de la renuncia, al millonario que ha fabricado su fortuna causando la ruína de centenares de familias? He aquí la respuesta del egoísmo: «¿por qué me he de mortificar yo por los venideros?» o como decía un francés ocurrente: «¿qué ha hecho la posteridad por mí para que yo me sacrifique por ella?» Diréis que es un sentimiento vil, y es verdad; pero los que sienten así son precisamente los que más necesitan de la fuerza compulsiva de la energía moral. ¿Dónde la encontraremos? Sin el espíritu de sacrificio no hay sociedad segura; sin la sumisión del pequeño al grande, del individuo a la Sociedad, la estabilidad en el sistema social y, por lo tanto, la vida nacional, es imposible; y estas virtudes nacen en la Religión y no en la mal llamada utilidad. La mayor utilidad para una nación

está en percibir la relación entre las partes y el todo, y esto sólo se consigue por la Religión, porque es la que conoce al Yo superior, la que une al hombre con el todo, la que le hace apreciar las conexiones, la que le hace saber que no pertenece a un pequeño globo sino a un Universo; que no es una vida planetaria sino cósmica. Esto lo enseña sólo la Religión y la inmortal inmortalidad del Espíritu divino en el hombre; sin ella no hay moralidad posible, y sería un gran desatino que por locuras pasajeras de sus profesionales se la arrojase de su puesto en la educación, que recibe de ella su inspiración y energía

Estos son los problemas que constituyen *el callejón sin salida de la Religión*. Se precisa una nueva síntesis de Religión y Moral, que no podrá encontrarse más que en la inspiracíón superior que a tientas busca ahora el hombre.

*(Concluirá.)*

(Traducido de *The Changing World* por Juan Zavala).

# A mis hermanos

*Quiero contaros, jóvenes hermanos,*
*Una ficción, un sueño de poeta,*
*Hoy que tal vez ufanos,*
*Avido el corazón, el alma inquieta,*
*En forjar un mañana habéis pensado,*
*Feliz y esplendoroso,*
*En que podáis mirar ya realizado,*
*Vuestro sueño de amor noble y piadoso.*

---

En mi jardín de flores cierto día
penetré en esa hora
en que inunda los mundos de alegría
con un primer fulgor, la bella aurora.
A la naciente luz todas las flores
sus corolas abrían;
y, aunque eran muy diversos sus colores,

# La paz y el Bolchevismo

(Notas editoriales de *The Herald of the Star* de Mayo 1919.)

EN el momento en que escribimos, la situación general respecto de la Conferencia de la Paz, es aún obscura. Antes de que vea la luz este artículo, es probable que hayan llegado a París los delegados alemanes para notificarles los propuestos términos de paz; pero, hasta la firma del tratado no tendrá el público conocimiento preciso de lo que dichos términos representan. Por lo tanto es incierto cómo serán recibidas las proposiciones; y de esto dependerán gran parte de los acontecimientos de los próximos meses.

Entretanto, según las ingeniosas palabras de Mr. Winston Churchill, la paz hace actualmente furor en todo el mundo. Cada vez que abrimos un periódico, nos enteramos de la noticia de algún nuevo desorden, ya en Europa, ya en Egipto, ya en la India. No hubo quizá nunca una época en la historia escrita, en que existiera tan universal intranquilidad. Todos los anteriores trastornos habían sido en gran parte locales, al menos en comparación con el presente estado de cosas; mientras que hoy apenas si existe un país habitado que no esté en algún modo afectado por el prevaleciente desorden. Si algo nos puede dar idea de la índole mundial de la crisis que atraviesan los asuntos humanos, es el actual estado de cosas. Evidentemente, sea cual sea el significado de esta conmoción ha de tener por medida algo conmensurable con la Humanidad toda. Y esto da sumo interés y proporciona firme base a nuestras especulaciones sobre lo que ha de salir de todo cuanto ocurre. Porque la extensión del desorden es indicio de las medidas de orden que algún día deben adoptarse. Si alguien dudara de la necesidad de un arreglo internacional como el que se ha propuesto para la Liga de las Naciones, se desvanecerán sus dudas ante la universalidad de la inquietud presente. Cada vez aparece más claro, (cosa que la guerra había ya demostrado), que es preciso considerar el planeta como un conjunto. Que los viejos compartimentos estancos han dejado de existir, lo prueba la unanimidad con que los pueblos todos de la Tierra se ven agitados por el mismo espíritu. En estos tiempos se operan movimientos que no conocen límites geográficos ni de raza. En el momento actual, estos movimientos son, en su mayor parte, de carácter destructor. Pero cuando sobrevenga la marea constructiva, habrá de tener la misma característica de abarcar a la humanidad entera; y uno de sus aspectos es preciso que sea un convenio regu-

lador de las relaciones de los pueblos en conjunto que a todos los incluya. Como hemos advertido con frecuencia en estas columnas, la Conferencia de la Paz, para conseguir tal objeto sólo puede trazar un esquema o estructura cuya utilidad será en gran parte negativa. La vida por la cual la estructura sea verdaderamente orgánica, sólo puede dimanar de otra fuente. Se necesitará algo más que los esfuerzos de los hombres de Estado, por inteligentes, hábiles y distinguidos que sean, para infundir en las naciones de la humanidad el verdadero espíritu internacional, así como se precisará algo más que leyes y concesiones para resolver el problema social en cada nación.

Creemos que una de las dificultades de la época actual reside en la conciencia que tienen hoy tantas personas de que el mecanismo normal de los asuntos públicos es completamente inadecuado para resolver problemas de tal magnitud como el que ahora se presenta ante el mundo. Ya empezamos a reconocer que el mecanismo de que disponemos, por ingeniosamente que lo dispongamos y lo manejemos, puede a lo sumo tocar la superficie externa de las cosas. El modo más sencillo de expresar sus limitaciones es decir que su actuación debe ser necesariamente «negativa». Falta todavía la fuerza «positiva», capaz de infundir vida en el esqueleto de cualquiera reconstrucción que se intente; y al echarla de menos, muchos se sienten inclinados a la desesperación. Pero, por lo mismo, estamos aprendiendo gradualmente una lección, que ha de beneficiar al Occidente políticamente capacitado para aprender que la verdadera reforma solo puede venir desde dentro. Por mucho tiempo hemos estado tan acostumbrados a pensar en instituciones y reglamentos, que hemos olvidado que son meras formas. Hemos hecho de ellos un fetiche, los hemos citado como panaceas para todos los males humanos, hemos recurrido a ellos una y otra vez, cuando los problemas se nos imponían. Y ahora nos encontramos ante algo que los deja impotentes. De todas partes nos llegan avisos de que tales formas están en crisis. Retienen su solidez únicamente en cuanto las aceptamos y con ellas nos conformamos. No las aceptéis y se desvanecerán en el aire sutil.

Esta es la primitiva lección que el bolchevismo está enseñando al mundo. El bolchevismo, juzgado desde un punto de vista, es una mera orgía de locura, derramamiento de sangre y crueldad. Es ridículamente incompentente como sistema de gobierno. Sofoca los principios mismos de libertad y emancipación que trata ostensiblemente de realizar. Pone la fiscalización de los asuntos en manos de los menos capacitados desde todos los puntos de vista. Sin embargo, considerado de otra manera, es un fenómeno

de profunda significación. Significa un «barrido». Está basado, aunque incoherentemente, sobre la creencia de que las cosas tienen que ordenarse de nuevo desde sus mismos cimientos, que el mundo necesita emprender nuevo movimiento. Por lo tanto es una completa negación del hábito mental a que la experiencia nos había acostumbrado, que pretende que toda mudanza debe estar limitada por la tradición y moverse en ciertos surcos determinados. Tal modo de pensar pudo convenir a otros tiempos y otras circunstancias; pero hoy no basta. Si es cierto que estamos en vísperas de una nueva era, (y todas las señales lo denotan), claro está que necesitamos insistir más de lo acostumbrado, sobre la palabra «nueva». Si ha de nacer una nueva civilización, ha de ser *nueva* en el sentido literal. Es preciso que rompa con la tradición. Ha de introducir ideas y modalidades en que nunca habíamos pensado. Necesita incorporarse todas las cosas que a nuestro hábito mental le parezcan impracticables y extravagantes. Es probable que los visionarios y los idealistas sean los verdaderos pensadores en este asunto, y que cuanto más extravagante sea el idealismo, tanto más próximo esté a la verdad. Para la mejor comprensión de esto hay que reconocer que el bolchevismo es una fuerza importante en el mundo de hoy, y ha de tratársele como tal. Su fuerza radica, no en su locura y sus excesos, sino en la verdad que subyace en sus pervertidas manifestaciones. De momento, el bolchevismo es el único idealismo que planea por el mundo. ¿Por qué no nos hemos de ver algún día movidos a inventar otro idealismo, que como el bolchevismo circule por todas partes, pero en más íntimo contacto con las profundas exigencias del Espíritu y el ordinario sentido común?

Aquí, como siempre, la verdadera base en que nos hemos de fundar es que el remedio debe ser proporcionado al mal. No podemos oponer a un frenesí como el bolchevismo los vulgares específicos del ordinario pensamiento político y social. Necesitamos algo tan pleno, tan embriagador de entusiasmo y tan en apariencia «visionario». Hemos de desechar nuestras convencionales modalidades de pensamiento y excavar en los más profundos fondos de la humana naturaleza. ¿Qué podemos erigir contra esta orgía del mal? Nada inferior a una orgía del bien. Hemos de poner a tono nuestro pensamiento con una superior modalidad vibratoria y buscar algo que satisfaga el deseo insaciable de la naturaleza humana, del cual tan sólo es el bolchevismo el intento de una grosera satisfacción. Recordamos haber leído hace unos años un libro de Huysmans, basado sobre la historia del mariscal de Retz, Barba-azul, en el cual el gran autor sostiene que este monstruo diabólico y su contemporánea Juana de Arco, fueron meramente

dos brotes del mismo árbol, el árbol del misticismo medioeval; uno pervirtiendo ese espíritu místico para bajos fines, y el otro elevado por él a las alturas de la santidad y el heroísmo. Su tesis contiene una profunda verdad. Las potentes fuerzas que de cuando en cuando fluyen a través del mundo e impelen a la humanidad, no son buenas ni malas de por sí. Son meras intensificaciones de energía, flujos de nueva vida. Se convierten en buenas o malas, según los canales a cuyo través pasan y los procedimientos que se emplean para recogerlas y aplicarlas. La verdad esencial que conviene percibir en este momento es que a través del mundo actual opera una fuerza que sólo puede objetivarse en términos de extravagancias y exageraciones extremas. Ha sido recogida por los elementos salvajes y malignos de varios países y se ha manifestado en extravagancias de odio. Este es un extremo. Pero también hay otro extremo o sea que la misma fuerza (y recalcamos estas palabras) puede vivificar asimismo, si se le da oportunidad para ello; y ese extremo es el del Amor idealizado, casi místico. No dejamos de reconocer que el mundo está exactamente tan dispuesto para un robustísimo renacimiento místico y espiritual, como para un frenesí de odio y destrucción. Y la prueba es el bolchevismo, que no es de por sí fuerza sino el efecto o manifestación de una fuerza capaz de muchas otras manifestaciones. Lo indudable y cierto es que sólo por una intensidad de energía emocional que equilibre al bolchevismo será posible detenerlo. En el otro extremo de la escala, es preciso que exista un movimiento exactamente tan extravagante, tan libre de convencionalismos, tan lleno de la embriaguez del entusiasmo. Y ese movimiento creemos firmemente que vendrá. El espíritu público está alcanzando en estos días un estado de tensión que hace posibles muchas cosas imposibles de conseguir hace unas cuantas décadas. El próximo movimiento en el gran tablero de ajedrez del mundo será, casi con seguridad, de la índole que hemos indicado. Aun en la Rusia actual, creemos que si apareciese una gran figura espiritual, veríamos a todo el país sacudido por un gran renacimiento a la vida religiosa. Algo análogo pudiera también insinuarse respecto de otros países cuya historia en los siglos pasados fué de obscuridad y de opresión, sin disfrutar de la libertad y plenitud de la vida nacional. Acaso en tales países estén los grandes centros de la vida espiritual del porvenir, y hayan pasado por un período de purgación, para disponerlos al desempeño de su futuro papel.

Tal es al menos la idea que podemos acariciar al contemplar los acontecimientos contemporáneos a vista de pájaro. No podemos abarcar el grandioso drama que se representa ante nuestros ojos en estos días, a menos de que pensemos osada y amplia-

mente. Necesitamos concentrarnos en nuestro básico concepto de que tras el movimiento mundial se oculta un gran designio; porque si perdemos de vista este concepto, caeríamos en la desesperación. Y firmes en tal creencia, debemos considerar los acontecimientos de un modo bastante amplio para que estén a la altura de aquel designio. Debemos ver significado en todo, y en cada período obscuro una venidera compensación. Sobre todo, debemos distinguir entre las fuerzas operantes y las modalidades en que puedan manifestarse de momento. Por ejemplo, hablamos a la ligera de un nuevo flujo de vida en el mundo, de un despertar de las naciones, de una era inminente. ¿Nos percatamos de lo que esto significa? En cuanto vemos una manifestación de esta vida, nos atemorizamos. Y sin embargo, hablando sinceramente, uno de los signos de esperanza de los tiempos ha de buscarse en el mismo bolchevismo que tememos. Porque el que mire atentamente podrá ver en él la señal de que al menos se ha desencadenado en el mundo una fuerza capaz de fundar una nueva edad y de reorganizar totalmente la vida humana. De momento esa fuerza ha penetrado en los elementos inferiores de la naturaleza humana y se manifiesta tumultuosamente en un infierno de sangre y salvajismo; pero no obstante, la fuerza está allí, y sólo necesitamos esperar el momento (que no puede estar lejano) en que vivifique lo superior así como lo inferior. ¿Qué es lo que se necesita para que esto llegue?

Hemos hablado casualmente hace poco con varias personas a propósito de esta cuestión, y todas a una han expresado su opinión de que únicamente la aparición en el mundo de una gran figura espiritual puede transformar y orientar esta potente modalidad de energía hacia más nobles canales. Es posible que día tras otro, cada vez mayor número de gentes perciban intuitivamente esta verdad que poco a poco se va considerando como la última esperanza para escapar de un callejón sin salida. Las fuerzas están ahí, y ningún poder humano puede disminuirlas ni paralizarlas. La única esperanza está en ser con acierto dirigidas.

En una palabra, el mundo se encuentra hoy entre dos posibilidades; por un lado una orgía de odio y destrucción, que reduciría la civilización a ruínas, y por otro un poderoso movimiento espiritual que cree un nuevo cielo y una nueva tierra. No hay término medio satisfactorio; las fuerzas son demasiado poderosas para ello. Precisamente en este momento, estamos en un punto del camino en que es difícil pensar de un modo optimista. Las fuerzas de destrucción operan en todas partes y en todas partes se les oponen las fórmulas de una impotente y agonizante edad. La consecuencia de ello es que las fuerzas destructoras tie-

nen hoy inmensa ventaja por lo capaces de conmover un más profundo nivel de la naturaleza humana, que las que se levantan contra ellas. Dan un respiro al espíritu y admiten una amplitud de miras que los convencionalismos de la vida social organizada no pueden nunca ofrecer. Lo que se necesita, al objeto de combatirlas es, como hemos dicho, algo igualmente emotivo e impulsador, pero que opere en los niveles superiores del pensamiento y del sentimiento humanos. Y esto sólo puede lograrse por medio de un gran renacimiento espiritual. Ha de nacer entre los hombres algo positivo. Más pronto o más tarde, se verán obligados a buscar en la religión (usando esta palabra en su más amplio sentido) la solución de las dificultades de otro modo insolubles. Dios necesita volver a su mundo; los ideales que el hombre moderno menosprecia por visionarios, se verán a la larga llevados a la práctica. Es preciso reconocer que el problema del mundo sólo puede resolverse por la aproximación del cielo y la tierra.

Por esta razón creemos que antes de muchos años, el mundo todo pedirá a gritos un Guía espiritual. Porque, a medida que los años transcurran, la gente verá de un modo cada vez más claro, que ésta es la única esperanza ante los horrores del bolchevismo. Todos desearán algo capaz de combatirlo en su propio terreno; algo a lo cual el idealismo y las inarticuladas aspiraciones de la humanidad responderán cada vez más; algo que tenga la frescura del rocío de una nueva aurora. Si las religiones de los diversos países fueran capaces de aportar el remedio, ya lo estarían aplicando y habría comenzado el gran renacimiento. Pero no son capaces de aportarlo. No existe en este momento una sola religión en el mundo que se apoye de todo corazón en el puro idealismo. En su tiempo se apoyaron; en los primeros días de su vida y primitiva lozanía; pero ahora están encadenadas al pasado; todo el artificio de su organización está arraigado en el pasado y son incapaces de desligarse del pasado para convertirse en guías de la humanidad en la gran transición de lo viejo a lo nuevo. Algo más se necesita. Necesitamos algo que nos convierta directamente a la vida del espíritu, desembarazado de fórmulas, desligado de la tradición, algo que en una palabra, «renueve todas las cosas». Por esto tenemos la certidumbre, y muchos ya la comparten con nosotros, de que el tumulto y el desasosiego del día nos conduce al momento oportuno para la aparición entre los hombres de un gran Instructor espiritual. ¡Cuán bien conocemos todos aquel pasaje!: «Habrá guerras y rumores de guerras»... Pero a muy pocos se les ha ocurrido que la próxima aparición de un divino Maestro entre los hombres, es mucho más verosímil que tenga por objeto la inauguración de una nueva era de vida y de

civilización humana, que el fin del mundo. Las palabras del Nuevo Testamento traducidas comunmente por «el fin del mundo», deben correctamente traducirse por «el fin de la Edad», y así lo traduce la versión revisada. ¿Por qué no abrir nuestras mentes a esta más razonable idea que hace posible la creencia en la aparición periódica de Maestros divinos, (o el mismo divino Maestro), con objeto de dar a la humanidad, en términos adaptados a los tiempos mudables, las verdades eternas del Espíritu? Falta de sinceridad es sostener que una Revelación determinada puede conservar eternamente su pureza. Esto no puede ser, y la historia del cristianismo es prueba concluyente de tan elemental verdad. El tiempo, el hábito, la tradición, la debilidad e imperfección humanas, todo contribuye a que se forme una capa de impurezas sobre la verdad original y a que se desvirtúe su valor efectivo. ¿Qué cosa más natural (dando por sentado que exista una Inspección divina de la evolución humana) que un gran Instructor venga al mundo de cuando en cuando para eliminar dichas concreciones y mostrar de nuevo, por Su vida y Sus enseñanzas, lo que es realmente la vía del Espíritu?

* * *

Así pues, hasta el mismo bolchevismo puede darnos su lección espiritual y proporcionarnos campo para elevadas esperanzas. Recordemos esto algunas veces, cuando el panorama parezca más sombrío, y percatémonos de que tenemos, en esta repentina explosión de idealismo pervertido, el más seguro indicio de una fuerza que finalmente ha de encontrar a su hora muy distinta salida. La cuerda se está templando a alta tensión. En el momento presente sólo da discordancias; pero, en las manos del Maestro, emitirá en su día divinas melodías. Y por esto hoy se la templa.

(Traducido por J. Garrido)

---

**Al amigo de todas las criaturas se le llama Brahaman.**

**El que ve todos los seres en el YO, y el YO en todos los seres, ya no siente el odio.**

**No hacer mal a criatura alguna: tal es la más elevada religión.**

# La Naturaleza del Misticismo

POR C. JINARAJADASA

*(Continuación.)*

## El Misticismo Sacramental

El misticismo sacramental, con los ritos y ceremonias que implica, parece ser, a los ojos de muchos, más bien un obstáculo que una ayuda para la devoción. Pero la historia no confirma esta opinión, y se puede decir que no es tan sólo el misticismo sacramental la más antigua forma del misticismo, sino la más persistente. Cada religión pasa por una fase en que las ceremonias desempeñan importantísimo papel. En el mismo budismo, cuya esencia rechaza la intervención de sacerdotes y ceremonias, es hoy el ceremonial uno de sus modos de expresión. Al igual que las otras formas de misticismo, el Sacramental tiene su tema, su método, su obstáculo y su ideal.

El Tema.—Aquí el tema es la doctrina de la «Presencia real». Esto significa que de una manera incomprensible, aunque real, la Divinidad *como Persona* se pone *directamente* en contacto con el fiel, que se mantiene en el ínfimo plano de la existencia. Mientras que ciertas formas del misticismo toman su vitalidad de la ascensión del alma humana hasta Dios, el tipo sacramental toma su vida del descenso del Espíritu de Dios hacia el hombre.

No consiste el misticismo sacramental en la vaga creencia de que «Dios está en nosotros» o que «nosotros somos uno con Dios»; implica positivamente que Dios, en la plenitud de Su realidad, Dios como hecho y no como símbolo, llega hasta el fiel.

> Y que un don maravilloso superior a la gracia
> Deberá purificar la carne y la sangre:
> La presencia de Dios, de Su mismo Sér.
> Como también de la Esencia supremamente divina.

¿Cómo lo Supremo y lo ínfimo, la completa Divinidad y la imperfecta humanidad, pueden encontrarse? Por la simple razón, dice el misticismo, de que lo Supremo se refleja en todas las cosas. «Como es arriba así es abajo.» Esta regla es la clave fundamental, de la que se sigue que todos los acontecimientos terrestres son reflejo de los acontecimientos que desfilan por la Mente divina. Ahora bien, los acontecimientos terrestres pueden estar ordenados de suerte que lleguen a ser, en miniatura, un modelo de los

acontecimientos celestes. Cuando esto ocurre aparece el Misticismo sacramental, porque un sacramento es un acto, o una serie de actos, ejecutados «aquí abajo», que reflejan perfectamente un acto o una serie de actos similares ocurridos «en lo alto». Pero, ¿cómo es posible hacer de los acontecimientos terrestres modelos de los acontecimientos celestes?

El Método.—Está constituído por la expresión del simbolismo en el ritual. Cada símbolo está escogido para representar un acontecimiento celeste y permanece el mismo constantemente. En efecto, no debemos suponer que en la Divinidad inmanente el desfile divino de los acontecimientos comenzara en otros tiempos con un acontecimiento que formaba parte de una serie, ni que este acontecimiento esté hoy día en un lejano pasado. Para el Misticismo sacramental el primer acontecimiento continúa en cada una de la subsiguiente duración, siendo todavía el primero. De la misma manera, cada acontecimeinto de la serie, aunque acaecido a su vez, ocurre en cada momento del tiempo.

Por lo tanto, lo que para nuestra conciencia es pasado, es un Presente para este misticismo; los divinos acontecimientos que «en lo alto» sobrevinieron una vez, sobrevienen hoy en el mismo orden prestablecido por la Divinidad Si los hombres pueden crear un conjunto de actos simbólicos y coordinados en el ritual en un desfile de acontecimientos, entonces, gracias a este ritual, «lo de arriba» y «lo de abajo» no son más que uno, y la Divinidad desciende hasta el hombre.

Tal es la oculta estructura del Rito. Un ritual no es una simple serie de actos, sino una serie edificada de tal suerte, que cada acto de él indica un acontecimiento periódico especial perteneciente a los mundos celestes; el conjunto de la serie constituída por el ritual refleja entonces el comienzo, el medio y el fin de la serie divina. Haya sido el ritual lentamente reunido a través de los siglos o rápidamente construído, no es un verdadero ritual más que cuando simboliza correctamente el Orden divino. Los atraídos hacia el Misticismo sacramental saben enseguida, como por clarividencia, cuando «obra» un ritual, porque vienen a ser una parte del ritual; una de las series de los acontecimientos divinos. En el verdadero ritual, cuando la Divinidad acompaña al hombre, la cooperación simultánea del hombre llega a ser necesaria a Dios.

Hay un acontecimiento divino periódico que forma sin cesar el tema de los grandes rituales: es el sacrificio del Logos «que por los hombres y para su salvación desciende del cielo». Sin este voluntario sacrificio y esta limitación de Dios, no podría existir el universo. Todos los objetos, animados e inanimados, existen

únicamente porque Dios «murió» en la plenitud de su naturaleza; pero El muere voluntariamente, con el único fin de que, gracias a la cooperación de aquellos por los que murió, pueda El elevarse hasta una existencia más gloriosa y que aquellos vivan en consciente comunión con El. Ahora bien, el hombre es, desde sus comienzos, una expresión de la Divinidad; el fin que el hombre persigue en su existencia es conocer que él es Dios. Esto se alcanza en ciertos tipos de misticismo por el amor, la contemplación o el éxtasis; el Misticismo sacramental llega al mismo fin por medio del ritual.

Tres grandes rituales muestran esta base esencial de los verdaderos ritos: provienen de Egipto, de India y de Europa. A pesar de sus señaladas diferencias exteriores, la Masonería, el ritual de Prajâpati del antiguo induismo y la Misa de la Iglesia Cristiana, los tres nos hablan del sacrificio primordial del Logos. Bastará comparar el sacrificio de Prajâpati y la Misa. En el primero, Dios, como Prajâpati, «el Señor de las criaturas», se extiende sobre el altar como víctima voluntaria para ser inmolado y desmembrado por los Devas, los hijos mayores de su familia. De las desmembradas partes de Prajâpati surge entonces toda la creación; los hombres existen en su naturaleza individual gracias a Su inmolación. Este sacrificio de Prajâpati es el que cada día se conmemora en su ritual. De la misma manera que Su sacrificio se produce en el tiempo, de igual manera el ritual terrestre requiere la presencia de cuatro sacerdotes, cuatro Vedas, para simbolizar las cuatro estaciones. De la propia suerte que la divinidad desmembrada no puede reintegrarse y resucitar de entre los muertos sino por Dios, de igual manera el hombre (que es Dios) debe ejecutar personalmente el sacrificio conmemorativo y «restaurar una vez más la integridad del Padre Prajâpati». Cuando después del sacrificio durante un año está reconstituído Prajapati, se operan dos maravillosos resultados: primero, el sacrificador humano se identifica con la Divinidad, y en consecuencia inmortal; segundo, el Padre, Prajâpati, se ofrece una vez más como víctima voluntaria para ser inmolado y desmembrado. En verdad, si Prajâpati no se sacrificase después de resucitado de entre los muertos, dice el ritual, el universo se desvanecería en la nada. Para que el universo viva y crezca de año en año, es preciso el perpetuo sacrificio de Prajâpati.

En el cristianismo, la Misa conmemora el sacrificio voluntario de Dios como Cristo. Se le llama «la víctima» (*hostia* o la hostia), Preveía Su crucifixión y sólo por ella pueden salvarse los hombres. Cada acto de Su vida estuvo prestablecido y toda Su misión desde el descenso del cielo hasta la ascensión, no fué más que

un reflejo del divino desfile de acontecimientos ocurridos en los mundos celestes. La Misa repite simbólicamente la vida entera de Cristo y debe celebrarse todos los días. En cada celebración el Cristo resucitado da a todo fiel la promesa de su resurrección.

En el antiguo ritual induista jamás se olvida que el sacrificador humano es de la naturaleza de Dios. El altar de sacrificio está construído con 365 ladrillos, colocando uno cada día, y debajo de ellos se deposita una miniatura de hombre, hecha de oro, porque Dios «que está en el Sol», es también el hombre, el alma humana. Esta alma humana, simbolizada por el hombre de oro en miniatura, se eleva, a través del altar, hasta el cielo con su sacrificio y restaura una vez más en su integridad a Prajâpati. La identidad del sacrificador humano con Prajâpati se evidencia, por otra parte, de una manera asombrosa. De la misma manera que Prajâpati se extendió para ser inmolado, de igual manera durante la ceremonia se extiende el sacerdote sobre el suelo con los brazos abiertos.

En el ritual de la Misa hay ciertos pasajes en que el oficiante «se une» a Cristo, y como el Cristo fué tendido sobre una cruz, de igual manera y simbólicamente, para mostrar que el sacerdote es a la vez hombre y Cristo, lleva en la espalda de la casulla una cruz de gran tamaño.

Los grandes rituales presentan siempre un punto culminante en que se revela la Divinidad; es el momento de la «Presencia real», la única que da al ritual verdadero carácter sacramental. En la ceremonia induista y en la Misa hay el momento de la consagración, en que Dios está presente en persona y no solamente de una manera simbólica. Entonces resucita «de entre los muertos» y esta resurrección de la Divinidad es el tema del Misticismo sacramental, siendo el ritual el método.

Se poseen muy pocas descripciones del efecto del Misticismo sacramental sobre el fiel, especialmente en el punto culminante, en el momento de la presencia real; pero la realidad del efecto transciende la imaginación como lo atestiguan millones de individuos. Supera al poder de la muerte, purifica la impureza del infierno, y transforma temporalmente la debilidad humana en fuerza divina. Los que adoran a Dios por la senda de este misticismo no tienen necesidad de presentarle ningún atributo especial de cultura o sabiduría. Cuando El desciende a los mundos inferiores da Su presencia a todos los que Le abren su corazón, pecadores o santos, aldeanos ignorantes o filósofos profundos. Dios, el donador, otorga al Hombre, el recipendario, Su comunión, no siendo los dos más que uno.

El Obstáculo.—Es evidentemente la incorrecta ejecución del ritual. Deben celebrarse todos los actos de la serie, y si se omite

uno de ellos la magia mística no engendrará las necesarias fuerzas· El saber tiene poca influencia en esta magia, pues de la misma manera que haciendo girar un interruptor pueden alumbrarse cien lámparas eléctricas, tan sólo con saber donde está instalado aquel, de igual manera quien haya aprendido el ritual puede ejecutar el acto mágico; mas para alcanzar el debido resultado debe operar según la rúbrica y mantenerse en los antiguos puntos de apoyo, pues una adición o una omisión falsea el ritual e impide operar la magia, porque la rúbrica fué cuidadosamente establecida por quienes sabían de qué manera debía cada una de sus partes indicar un acontecimiento en el mundo celeste, y el Misticismo sacramental deja de serlo cuando no es perfecto reflejo de los actos celestes en los terrestres.

El Ideal.—El ideal es el sacerdote y éste debe ser consagrado en vista de sus funciones porque la magia de este misticismo sólo obra cuando el celebrante es un verdadero sacerdote. En el induismo es preciso que el oficiante sea sacerdote consagrado; en el cristianismo debe ser ordenado; en la masonería el oficial debe haber sido instalado debidamente. Se presenta aquí la gran cuestión de la vitalidad de las «Ordenes» en el cristianismo, y de la regularidad o irregularidad de los diversos ritos masónicos; pero esto es de un alcance oculto muy profundo para los límites de esste breve tratado sobre el Misticismo.

El sacerdote consagrado en el induismo o el cristianismo, o el venerable de una logia masónica, desempeña un doble papel, es a la vez fiel y oficiante que representa a los demás individuos de su congregación o de su logia. Su función consiste en unir en sí mismo la devoción y las ofrendas de aquellos y ofrecerlas a Dios con las suyas, y entonces el sacerdote recibe lo que Dios destina a los fieles. En el momento de la ceremonia todo fiel está en la Presencia real, directamente frente a Dios, pero este momento de Presencia real no se hace posible más que por el carácter consagrado del sacerdote y del ritual, que es lo único que puede hacerlo. El sacerdote es, por lo tanto, un mensajero del pueblo cerca de Dios, y un mensajero de Dios cerca del pueblo.

Todos estos pensamientos, estos actos y estas realizaciones místicas constituyen el misticismo sacramental, y el que lo estudia y lo comprende no encuentra inferior este tipo de misticismo a ningún otro, siendo el que hoy día influye en la vida religiosa del mundo, para el que el misticismo sacramental viene a ser una más completa expresión de la vida de Dios y de los hombres de lo que lo fué desde hace varios siglos.

*(Concluirá.)*

(Traducción de J. Pavón.)

# Un Protector invisible

## La Hermana Teresa del Niño Jesús

POR ISABEL MALLET

(En estos días, cuando los Angeles de los Monjes, el Camarada, San Jorge y Juana de Arco han sido mencionados entre nosotros como dando fuerza y consolando a nuestros hombres que pelean, es de muy especial interés este pequeño bosquejo de la obra de un santo.)

La hermana Teresa del Niño Jesús es una de las personalidades más atrayentes del mundo católico contemporáneo. Entró en el Carmelo de Lisieux a la edad de 15 años, habiéndose atrevido, en un viaje que hizo a Roma, a implorar del Papa en persona que le concediese este favor especial. Murió en 1897 a la edad de 24 años.

La hermana Teresa del Niño Jesús puede igualarse a las más grandes almas místicas porque es de por sí el tipo perfecto de ellas. Su corta vida no fué otra cosa que un fervor de ardiente devoción a Jesús, su Divino Maestro. Decía que había encontrado en El una fuerza de confianza y de humildad, «una pequeña senda enteramente nueva» conducente a la santidad, un camino muy recto y muy corto, comparable a un ascensor que evita los peldaños de una larga escalera. Aseguraba modestamente que este camino era asequible a todos y quería demostrárselo a las «pequeñas almas», facilitándoles el acceso, no haciendo nada que ellas no pudieran imitar. El secreto, decía, consiste en abandonarse con la confianza de un niño pequeño y en *amar*. «Mi vocación es el Amor». «A Jesús le agrada mostrarme el único camino que conduce a esta divina fragua».

Cultivó la humildad, la caridad, el olvido de sí misma hasta un grado de verdadera perfección, y se hizo la inspiradora y el modelo de toda su comunidad.

Entre tanto el alma modestísima de esta humilde «florecita» abrigaba los más vastos deseos. Se asombraba de sí misma. ¡Cómo un alma tan imperfecta como la mía puede aspirar a la plenitud del Amor! ¿Qué misterio es éste? ¿Por qué no reserváis, oh mi único Amigo, estas inmensas aspiraciones a las grandes almas, a las águilas que planean por las alturas?... A pesar de mi extremada pequeñez me atrevo a fijarme en el Sol divino del Amor.» Quiso ser santa, quiso darse al mundo. Todas las aspiraciones del Servicio estaban en ella: «Ser vuestra esposa, oh Jesús!,

ser carmelita, ser por mi unión con Vos la madre de las almas, todo esto deberá bastarme. Sin embargo, yo siento en mi otras vocaciones: yo siento vocación de guerrero, de pastor, de apóstol, de doctor, de mártir...» Pero siempre su salud delicada, así como las condiciones de la vida del claustro, le impidieron entregarse a toda actividad exterior: «Las obras brillantes me están prohibidas, mis hermanos trabajan en mi lugar, y yo, pequeño niño, me mantengo cerca del trono real, yo *amo* por los que combaten. ¡Si, mi Bien Amado, así es como se consumirá ante Vos mi efímera vida! ¡Yo seré el Amor!... de este modo lo seré todo.» Su corazón, en efecto, se consumió hasta la muerte en la que el Maestro «la había tomado de la mano a fin de conducirla hasta la cúspide de la montaña del Amor.»

El 9 de Junio de 1895, hizo el acto de ofrecerse a sí misma como víctima de holocausto al Amor misericordioso. Quiso ser, por decirlo así, la hostia del sacrificio. «Yo me ofrezco como víctima de holocausto a Vuestro Amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis, dejando que desborden sin cesar en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en Vos, y que así yo me haga mártir de Vuestro Amor, oh Dios mío!»

Algunos días después, cuando empezaba en el coro el ejercicio del Via Crucis, se sintió de repente herida por un dardo de fuego tan ardiente, que pensó morir. «Yo no sé cómo explicar este transporte, no hay comparación capaz de dar a entender la intensidad de esta llama. Me parece que una fuerza invisible me sumerge toda entera en el fuego. ¡Oh! ¡Qué fuego! ¡Qué dulzura! Un minuto, un segundo más y mi alma se hubiera separado del cuerpo...

Durante su noviciado había tenido ya una experiencia muy parecida, aunque menos intensa, y dijo entonces: «...durante toda una semana permanecí muy lejos de este mundo, no sé explicarlo. Actuaba con un cuerpo prestado y un velo me cubría todas las cosas de la tierra.»

Bajo el exterior de una vida enteramente fácil, los sufrimientos de la pequeña hermana Teresa fueron extremadamente grandes. Conoció las angustias de la duda, las luchas interiores, el martirio del corazón, pero sabedora que «ofrecerse como víctima del Amor es ofrecerse a todas las angustias», acogía siempre el dolor con verdadera alegría.

Para dar idea de las vehemencias de fe y devoción de la hermana Teresa, no podemos hacer nada mejor que citar estos admirables pasajes de «La historia de un alma»: «¡Oh mi Astro querido, yo soy dichosa por sentirme pequeña y endeble en Vuestra presencia y mi corazón permanece en paz... yo sé que todas las

águilas de Vuestro corazón tienen piedad de mí, que me protegen, me defienden y ahuyentan a los buitres, imágenes de los demonios que quisieran devorarme. No lo temo, no estoy destinada a ser su presa, sino la del Aguila divina! ¡Oh Verbo, oh Salvador mío, tu eres el Aguila divina a quien amo y quien me atrae.»

«Jesús, déjame decirte que tu amor llega hasta la locura... ¡Cómo tendrá límites mi confianza! Por tí, yo lo sé, los santos hicieron también locuras, hicieron grandes cosas, puesto que eran águilas! En cuanto a mí soy demasiado pequeña para hacer grandes cosas y mi locura es esperar que Tu Amor me acepte como víctima; mi locura es contar con los santos y los ángeles para volar hasta Tí con tus propias alas, oh Aguila mía adorada! Tanto tiempo como Tu quieras permaneceré con los ojos fijos en Tí; quiero que Tu divina mirada me fascine; quiero convertirme en presa de Tu amor. Algún día, me cabe de ello la esperanza, me fundiré en Tí, y llevándome al foco del Amor, me sumergirás al fin en ese ardiente abismo para hacerme por siempre la dichosa víctima.»

A pesar de toda la intensidad de su vida contemplativa no perdió nunca de vista la certidumbre de que tenía una misión activa que cumplir. Hablaba de ella a menudo, decidida a renunciar al reposo celeste y a permanecer en contacto con esta tierra para cumplir su obra de caridad hacia el mundo.

Estuvo enferma durante muchos meses, y al llegar la muerte la recibió como libertadora que al fin le permitía trabajar y hacer algo. Habiéndole mostrado alguno, una imagen de Juana de Arco consolada en su prisión por las voces que oía, dijo: «Yo también estoy consolada por una voz interior. Desde arriba los santos me alientan y me dicen: En tanto que te encuentres entre cadenas no podrás cumplir tu misión, pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus triunfos.»

Otra vez alguien le preguntó: «¿Nos miraréis desde lo alto del Cielo, no es verdad?» «No,» respondió ella, «yo *descenderé*».

Al sentir cercana la muerte, dijo: «Siento que mi misión va a empezar... *quiero dejar mi Cielo para hacer bien sobre la tierra.* Esto no es imposible puesto que en el seno mismo de la visión beatífica los ángeles velan por nosotros. *No, yo no podré reposar hasta el fin del mundo*». Y además: «Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas».

Esta «lluvia de rosas» no se hizo esperar. A la mañana siguiente de la muerte de la hermana Teresa se produjeron los fenómenos que no han cesado desde entonces.

Hoy día, la que vivió ignorada y cuya vida no se señaló por ningún hecho extraordinario, a no ser por su verdadera san-

tidad, es conocida por la multitud, sin cesar creciente, de todos aquellos a quienes ayuda y cura. Algunas veces se aparece, pero otras sólo denota un suave perfume de flor que siempre purifica y consuela. Los milagros de la pequeña Hermana no se cuentan ya; tan grande es el número de las enfermedades y de las angustias aliviadas por su gracia.

Desde el principio de la guerra la hermana Teresa fué más activa que nunca y ejerció con celo su ministerio de Amor junto a las tropas francesas. Muchos soldados han sentido su bendita influencia. Hay heridos que aseguran haberla visto inclinada sobre ellos en los campos de batalla. Así la «Pequeña Flor de Jesús», como a menudo se la llama, se hizo muy popular en el ejército. Es verdaderamente consolador pensar que más de un rudo combatiente le debe el ánimo, el consuelo y la paz.

La hermana Teresa del Niño Jesús, esta gran alma purificada en el fuego del Amor, se encuentra ciertamente entre los «Protores invisibles» más activos de la hora actual.

Traducido de «The Herald of the Star».—Noviembre 1916, por Angel Calvo Blasco.

## Julio César y la Liga de las Naciones

LEEMOS en *The Theosophist* de Junio 1919, *(On the Watch Tower),* a propósito de la Liga de las Naciones:

«La Liga de las naciones se forma gradualmente y es casi posible percibir en ella las primeras condiciones embrionarias de esa «Federación de las Naciones» que Julio César debe establecer sobre sólidos cimientos. [1] Es evidente que la actual Liga de Naciones (admitiendo que se pueda decir que su existencia es real) sólo es un *ballon d'essai*, un intento, para la Federación real de que se nos dice que los reyes y los primeros ministros «se reunen para discutir las bases de la Confederación» y que «César hizo construir en aquella ocasión un gran salón circular con gran número de puertas, para que todos pudieran entrar simultáneamente y que ningún potentado tuviera preferencia sobre otro». Parece probable, según otras observaciones recogidas en *Man, whence, how and wither,* que el establecimiento de la Confedera-

(1) Véase *El Hombre, de dónde y cómo vino y adónde va,* por A. Besant y C. W. Leadbeater.

ción real, distinta de la Liga preliminar que lucha hoy por salir a la luz, no se establecerá en forma permanente más que *después* del advenimiento del Señor Maitreya. (1) Este «advenimiento y su predicación» es lo que en gran parte hace posible la obra de César. En todo caso, el período de reconstrucción que comienza, nos ofrece una maravillosa ocasión de reconocer la mano de Dios en los asuntos de los hombres.

(Traducido de *Le Message Théosophique et social* por Julio Garrido).



# PROGRESO

Queridos hermanos: En estas breves palabras, os ruego que aceptéis mi voluntad que es grande, y no analicéis el grado de mi inteligencia, que verdaderamente es muy pequeño.

¿Quién no tiene deseos de progresar? ¿Quién no desea perfeccionarse? Este ha de ser nuestro constante anhelo; en este sentido han de ir encaminados todos nuestros esfuerzos.

Es necesario que un ferviente deseo de aprender anide en nuestros corazones.

No hemos de contentarnos con ser sencillamente buenos, no; es preciso inculcar en nuestras mentes que es algo más elevada la misión que debemos cumplir los que ya estamos iniciados en la sublime Verdad, los que conocemos el objeto de la vida, procurando despertar los ánimos que se hallen aletargados, esto es, ayudar al hermano, conduciéndole hacia el Sendero.

Mas es preciso disponernos para ello, haciendo que el número de nuestras imperfecciones sea siempre más reducido, que la rectitud presida nuestros actos, que nuestra conciencia sea transparente y que cada día nos sintamos más satisfechos de nosotros mismos.

Es indudable que alguna fatiga ha de costarnos; mas tengamos la absoluta confianza de que cuantos sacrificios invirtamos en conseguir nuestra aspiración, se verán trocados por una inmensa dicha, cuando nos demos cuenta de lo que hemos sido, y de lo

---

(1) Esta es la tesis que sosteníamos en nuestro artículo sobre *Julio César*, en esta misma revista, número de julio último.—N. del T.

que seremos una vez hayamos entrado en el verdadero Sendero de perfección.

Redoblemos, pues, nuestra bondad; acrecentemos nuestro amor, amando por doquier con una estimación grande, pura y altruista; rechacemos todo egoismo humano, ya que de ninguna manera debemos cobijarlo en nuestro corazón, y veremos que amándonos un poco más todos los días, llegaremos a identificar nuestras almas de modo que nos comprendamos mutuamente, y así en perfecta unión, alcanzaremos sin dificultad el tan deseado progreso.

Amémonos, pues, queridísimos hermanos; elevémonos por encima de toda pasión terrena; enlacemos estrechamente nuestros corazones; perdonemos ofensas y agravios; olvidemos los males que se nos hayan irrogado; y en cambio, sembremos cariño y amor, mucho amor, ya que el amor debe conducirnos hacia el progreso.

AURORA GALOFRÉ.

---

# NOTAS

Por conducto de M. Bermond, recogemos la noticia de que la señora Besant manifestó al Sr. Blech su deseo de visitar Francia y a los teósofos franceses, lo cual da la halagüeña esperanza de ver a nuestra Presidenta en París. La fecha no puede fijarse todavía, pero hay la probabilidad de que sea por Octubre próximo. En tal caso prepárense los teósofos españoles que deseen y puedan trasladarse a París para oir a la señora Besant.

---

Al pasar la señora Besant por el estrecho de Gibraltar en su ida a Inglaterra, nuestro distinguido y culto hermano D. César Bordoy, que reside en Cádiz, mandó un saludo radiotelegráfico de bienvenida a bordo del vapor *Cauberro* en que navegaba nuestra dignísima, cuan querida Presidenta, en nombre de los teósofos españoles, siendo quizá el primero que recibiera en Europa, por lo que felicitamos a nuestros hermanos de Cádiz y en particular al señor Bordoy por haber sabido aprovechar tan magnífica ocasión y por haber interpretado con fidelidad el sentimiento unánime de los teósofos de España.

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quírico 32. — Teléfono 520. — Sabadell.